



DIA VII.º

EL SEPULCRO.

*Et accepto corpore, Joseph involvit
illud in sindone munda, et posuit
illud in monumento suo novo.*

Matth. XXVII.

Tomando Josef el cuerpo, le envolvió en una sábana limpia, y lo puso en un sepulcro suyo nuevo.

SEÑORES:

Llegó el momento de dar sepultura al sagrado cuerpo de Jesucristo, víctima de nuestros pecados; momento el mas terrible para el corazón de María, ya se considere la separación de aquel precioso fruto de sus

purísimas entrañas, que le arrancaban de entre sus brazos; ya la ruina de tantos hijos de su dolor, esclavos miserables del espíritu de avaricia, en quienes preveía perdido el precio infinito de la redención. Objetos tan amargos, espada tan penetrante para el tierno amor de esta Madre, que deshecho su corazón en lágrimas, me parece la oigo decir con Jeremías en sus trenos: por tanto lloro, y mis ojos vierten lágrimas, porque mi consolador se ha retirado mucho, y mis hijos andan perdidos, por haber prevalecido el enemigo. Exáminemos de cerca estos dos poderosos motivos del lamento de María nuestra Madre, para nuestra edificación y corrección. Consideremos en primer lugar el dolor de esta Señora, reducida á la mas triste soledad por la ausencia de su Hijo; y en segundo la aflicción con que mira los estragos que causará en las almas el horrible monstruo de la avaricia: dos breves reflexiones, diri-

gidas á excitaros á piedad y á penitencia. Pidamos las luces necesarias, postrándonos con sumision y confianza ante aquel augusto y soberano Señor Sacramentado.

I Todo lo que estaba escrito del Unigénito de Dios hecho carne debia, señores, verificarse á la letra. Los profetas le habian visto padeciendo trabajos desde su cuna hasta el suplicio. A cada paso nos lo representan perseguido, hecho un varon de dolores, injuriado, preso, maltratado, azotado, reputado entre inicuos, y condenado á muerte ignominiosa. María, su verdadera Madre, testigo fiel y compañera inseparable de sus penas, habia visto la execucion de todos estos vaticinios, y la consumacion de todos ellos sobre el monte Calvario. Asi lo pedia la justicia del Padre para reconciliarse con el hombre. Mas este Dios Hombre, muerto por redimirnos del pecado, debia ser sepultado, y glorioso su sepulcro,

segun la expresion de un profeta. El tierno objeto de este artículo fundamental, que exercita ahora nuestra fe, sirvió en el momento de que habla el evangelio en las palabras de mi tema de una penetrante espada, y acaso la mas aguda para el corazon de María. Reflexemos.

Josef, noble decurion, natural de Arimatéa, habia pedido y obtenido de Pilatos que se le entregase el cuerpo de Jesucristo para darle sepultura: Nicodemus, príncipe de los judíos, y discípulo oculto del Señor, le ayudó á deponerlo de la cruz, y á depositarlo entre los brazos de su Madre antes de llevarlo al sepulcro. ¿Qué os parece, señores, del dolor de María en tales circunstancias? "Depuesto de la cruz, dice esta gran Madre (si hemos de darle fe á las revelaciones de santa Brígida), depuesto de la cruz le recibí en mis rodillas á manera de un leproso, todo cárdeno, y sus ojos muertos y

140 SEPTENARIO

llenos de sangre: la boca fria como la nieve; la barba como un rastrillo, y el rostro contraido; las manos tan rígidas, que apenas alcanzaban al estómago. Servíame de algun consuelo tenerle entre mis brazos, abrigarle en mi seno, exáminar y limpiar sus llagas.”

Mas cuando llegó el momento de arrancarle de entre sus brazos para colocarlo en el sepulcro, me parece la veo luchar como á Jacob con el ángel, y que deshecho su corazon en un mar de lágrimas, dice como aquel patriarca: no te soltaré si no me das la bendicion; ó con la esposa de los cánticos: ya le poseo y no le dexaré. Tan tiernamente lloraba, dice S. Bernardo, tan amargo era su dolor, que con su mismo llanto provocaba á lágrimas á cuantos la miraban. ¿Quién podrá contener las suyas al considerarla en semejante conflicto? Por lo que á mí hace; dulcísima Madre mia! lloraré mientras viva vuestros acerbos

DE DOLORES. 141

dolores, ó por decirlo mejor, la causa primaria de ellos, que fueron mis pecados. ¡Ah! séame, señores, lícito exclamation con Jeremías: ¿quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar de dia y noche á mi dulce Salvador?

Pero el sábado se acerca, y el cuerpo debe colocarse en el sepulcro. Embalsamado pues segun el uso de los judíos, y envuelto en una sábana limpia, fue conducido el sagrado depósito á un monumento nuevo que Josef habia hecho abrir en una peña, y donde nadie aún se habia enterrado. Aqui fue colocado el sagrado cadáver, y á la puerta del sepulcro pusieron una piedra grande, que sellaron despues los fariseos, temiendo le robasen los discípulos. ¡Piedra grave! tú oprimiste el corazon de María con un peso inexplicable.

Esta Madre que ha acompañado el féretro de su Hijo con mas afliccion que la viuda de Naín, y mas descon-

142 SEPTENARIO

solada que la Sunamitis de Eliseo, queda en la mayor desolacion, sin haber quien la diga, como á aquellas, no lloreis. ¡O Hijo de mis entrañas! pudo decir: ¿son estas las delicias que buscabas entre los hijos de los hombres? Ingratos, ¿qué mal os hizo mi amado? ¿Por ventura haber curado vuestros enfermos, dando vista á los ciegos, oído á los sordos, sanidad á los leprosos, vida á los muertos? ¿Pagais así sus beneficios? ¡Ah! su sepulcro será bien presto glorioso; bien presto este Hombre Dios resucitará por su propia virtud; bien presto subirá triunfante de todos sus enemigos al seno de su Padre celestial. Mas vosotros, esclavos de la avaricia y de las mas vergonzosas pasiones, vosotros rehusais participar del infinito precio de la sangre de Jesucristo derramada por vuestra salud, abusais de sus gracias, menospreciáis sus auxilios, y descarriados como ovejas perdidas, vais á ser víctimas del lobo

DE DOLORES. 143

infernál: *fili mei perdití sunt, quoniam invaluit inimicus*. Hé aquí, señores, el segundo y mas urgente motivo de dolor que aflige á María en su soledad. Yo os lo haré ver con la posible brevedad. Seguidme atentós.

2 Nadie duda, señores, que la causa de la pasión, muerte y sepultura de Jesucristo fueron los pecados del género humano, que quiso redimir á costa de su sangre. Esta es una verdad fundamental de nuestra religion. Si la muerte pues y sepultura de un tal Hijo fue la causa de los dolores de María, ¿cómo podia prescindir de la causa primaria de esta trágica escena, que fueron nuestros crímenes? ¿Cómo podrian ocultarse á su espíritu de prevision los que cometerian los hombres en la sucesion de los siglos, renovando de su parte la crucifixion de Jesucristo, conforme á la sentencia del Apóstol? ¿Cómo podria mirar sin amargura de corazon tantos hijos de su do-

lor, que perderian el fruto de esta redencion, abandonándose á sus pasiones? Yo he tenido ya ocasion de haceros ver las muchas almas que se pierden arrastradas de la soberbia, la ira, la envidia, la gula, la luxuria, la pereza, vicios capitales y origen de otros muchos; pero nada os he dicho acerca de la avaricia, vicio el mas abominable á los ojos de Dios, el mas pernicioso á la república, y el mas comun en ella. Reflexemos.

1 Si el hombre se hace abominable á los ojos de Dios con respecto á la gravedad de sus crímenes, segun los principios de nuestra moral, es preciso confesar que ninguno le es mas odioso que el avaro. Él en efecto es el hombre mas inicuo y malvado, segun el Eclesiástico. Su corazon está entre sus riquezas, dice Jesucristo. De ellas forma una especie de ídolo, á quien transfiere el homenaje debido á su Criador, y viene á

ser por este medio esclavo de la idolatría, como se explica el Apóstol; "porque asi como el idólatra sirve á su simulacro, dice un gran pontífice, igualmente el avaro sirve á su tesoro. Aquel se muestra solícito en extender el culto de su ídolo, y éste en aumentar el cúmulo de sus riquezas. Aquel pone toda su solitud en el culto de su simulacro, y éste en la custodia de su oro. Aquel tiene toda su esperanza en el ídolo, y éste la coloca en su tesoro. Aquel teme se quiebre ó maltrate su simulacro, y éste que se pierdan ó disminuyan sus riquezas."

Es verdad que el avariento no mira como un dios á sus riquezas. ¿Mas qué os importa, insensatos, decía Tertuliano á ciertos falsos cristianos, qué os importa mirar con exécracion el oro y plata convertidos en dios, si adorais en vuestro corazon estos metales como á un dios? ¿Os admirais que los infieles tengan

simulacros de oro y plata, y que los veneren como á dioses, y no os avergonzais de erigir en vuestro corazon un templo á la avaricia? Los ídolos de los gentiles son simulacros muertos; pero los que habeis erigido al oro y á la plata en vuestro corazon, son vivos, y en esto difieren de aquellos. Esta especie de apostasía del verdadero Dios para entregarse á la servidumbre de la avaricia, no es crimen inferior al de Ananias y Safira.

Poco he dicho. Todos los avarientos, dice S. Juan Crisóstomo, adolecen de la gravísima enfermedad de Judas, y deben temer con razon ser envueltos en su misma ruina. ¿Mas á qué fin las ilaciones? ¿No dice expresamente S. Pablo que los avarientos no obtendrán el reyno del cielo? ¿Dónde estan, pregunta Baruch, dónde estan los que juntan la plata y el oro en que los hombres confían? Descendieron al infierno, y sucedieron otros en su lugar. ¿Insensatos! vuestros

tra avaricia os hace abominables á los ojos de Dios, cuyo honor habeis transferido al oro; odiosos á la república, por los gravísimos perjuicios que le causais.

2 Como el agua extingue al fuego, así la avaricia destruye la justicia y la caridad, que son las dos bases principales en que estriba la subsistencia y buen orden de la república. La avaricia en efecto trae anexas la dureza de corazon, la violencia, el dolo, el perjuicio, la perfidia, la crueldad; y para decirlo de una vez, ella es la raíz de todos los males, como se explica S. Pablo, y el origen de las injusticias, segun el Real Profeta. ¿De dónde estos monopolios y estancamiento de géneros y efectos con que el pueblo es tiranizado? Del espíritu de avaricia. ¿De dónde estas usuras, ya manifiestas, ya paliadas, que baxo diversos y vanos pretextos, á manera de sanguijuelas insaciabiles, van chupando la substan-

cia de la república? Del espíritu de avaricia. ¿De dónde los robos, las simonías, la violación de la justicia, la impunidad de muchos delitos? Del espíritu de avaricia. ¿De dónde el trastorno de los derechos mas sagrados y de la justicia distributiva? De la sed insaciable de oro. ¿De dónde los coechos, los litigios injustos, los ardidés é intrigas para obscurecer la verdad en los juicios? De la sed insaciable de oro. ¿De dónde el despojo del pobre, del huérfano, de la viuda, y aun de los mismos difuntos? De la sed ó deseo insaciable de ocupar sus bienes. ¡Avaros miserables! La sangre de estos infelices clamará siempre contra vosotros, que animados del espíritu de avaricia, habeis violado la justicia, y abandonado la caridad.

Esta virtud príncipe, alma y nervio del cristianismo, es por su carácter benigna y misericordiosa; es benéfica, y no busca solo su comodidad:

lo que para sí ama, lo quiere tambien para el próximo. De estas preciosas calidades está despojado el avariento. Ocupado únicamente en atesorar, no oye el lamento del pobre, no ve su desnudez, ni atiende á su indigencia. Por mas que Jesucristo le diga: *lo que te sobra dalo de limosna;* "si fueres misericordioso, yo tendré misericordia de ti; en la medida que midieres has de ser medido; lo que hicieres por estos pequeñuelos, por mí lo haces; sé pobre de espíritu si quieres ser bienaventurado; ¿qué te aprovechará el logro de todo el mundo, si tu alma se pierde?" Por mas que se inculquen á un avariento estos y semejantes oráculos, no los oye. Adherido á los bienes terrenos, jamas piensa en los celestiales. Con la mayor indiferencia ve perecer á su hermano desnudo, hambriento, enfermo, encarcelado.

La hambre insaciable que padece por acumular riquezas, le hace seme-

jante al infierno, dice S. Agustin; pues al modo que el infierno cuanto mas devora, tanto mas desea y apetece, asi el avariento jamas se sacia; y á manera de un hidrónico, que mientras mas bebe, mas ardor siente por agua; el corazon del avaro, segun el Crisóstomo, es un horno encendido que jamas se apaga, y cada vez arde mas en el deseo de riquezas. Hablar pues á estas gentes de limosnas y de caridad, es disertar sobre colores con un ciego. Sus entrañas mas duras que la piedra del desierto, hay muy poca esperanza que arrojen aguas de penitencia.

“¡Ay de vosotros, ricos (avarientos)! decia el apóstol Santiago, llorad con lamentos en medio de las miserias que os sobrevendrán. Vuestras riquezas estan ya podridas, y vuestros vestidos comidos de polillas. Vuestro oro y plata está llena de herrumbre, y su oruga, que os servirá de testimonio, devorará vuestras carnes

como un fuego. Vosotros habeis atesorado la ira para los dias novísimos. El jornal de los trabajadores que segaron vuestras mieses, defraudado por vosotros, clama, y su clamor ha penetrado los oidos del Señor de Sabaoth. Comisteis sobre la tierra, y engrasásteis vuestro corazon en luxurias para el dia de la matanza. ¡Ay de los que anhelaís por riquezas! Vosotros no percibireis el fruto de ellas.” El lamento del pobre, á quien habeis robado, la voz de la sangre de la república, en que estan teñidas vuestras manos, ha resonado ante el trono de Dios, que os ha excluido de su reyno.

3 Con tan negros colores he pintado, señores, la avaricia, que ninguno acaso se creará reo de ella. Pero la lástima inconsolable es, que es el vicio mas comun de la república. *Desde el menor hasta el mayor estudian todos en la avaricia*, decia ya en su tiempo Jeremías. Todos, añade Isaiás, de-

clinaron de la senda; cada cual á la avaricia desde el primero hasta el último. Oxalá que tan abominable vicio no hubiese transmigrado á nuestros dias, para no ver tantas abominaciones en el pueblo cristiano. Esta llaga incurable, este fuego inextinguible, este enemigo comun, como le llama el Crisóstomo, exerce una tiranía universal sobre toda la tierra. A ninguno de los estados reserva, penetrando á veces hasta en el mismo santuario. El rico anhela por mas riquezas, devorado siempre por una insaciable sed de oro; el pobre no contento con su suerte, no solo desea ser rico, sino que mira con tédio, con aversion, con envidia á todo el que posee bienes, de que él carece. Por manera que todos vienen á ser ricos avarientos, unos en la realidad, y otros en el afecto y deseo. Y en esta hipótesis ¿cuáles son, ó dónde estan los pobres de espíritu, á quienes está prometido el reyno de los cielos?

¿Pero qué digo? Al avariento no menos hace falta lo que posee, que lo que no tiene, como se explica S. Ambrosio. Es verdad que se desvela por acumular grandes tesoros; mas al fin se halla tan pobre como si nada poseyera: no porque le falten bienes, sino porque su avaricia inflama tanto su corazon en el deseo de tener mas, que siempre juzga estar pobre.

Por otra parte; ¿sabeis por ventura para quién acumulais vuestras riquezas? ¿Sabeis si esta noche misma os pedirán el alma como al rico del evangelio? ¿Ignorais que dormireis vuestro sueño; es decir, que llegará; ¡ó ricos! vuestra muerte, y nada de vuestras riquezas hallaréis en vuestras manos, ni descenderá al sepulcro vuestra gloria, como David se explica?

Formad, os ruego, una idea justa de la religion que profesais: consultad las máximas del evangelio y de la moral de Jesucristo, y hallaréis

que la avaricia fué uno de los principales artífices de la pasión, muerte y sepultura de vuestro Salvador; hallaréis que fue una de las mas penetrantes espadas que traspasaron el corazón de María sobre el monte Calvario; hallaréis que es uno de los vicios que mas almas arrastran al infierno; el mas abominable á los ojos de Dios, por ser una especie de idolatría; el mas perjudicial á la república, porque trastorna en ella la justicia, y extingue la caridad; el mas comun en fin en el pueblo cristiano, porque apenas hay quien no sea esclavo de la avaricia.

Contentaos pues todos con vuestra suerte, y sed respectivamente justos y caritativos con vuestros hermanos, pobres de espíritu, y fieles dispensadores de los misterios de Dios. Así estaréis libres de la venenosa mordedura del horrible monstruo de la envidia, cuyo gefe da continuas vueltas al rededor de vosotros para devora-

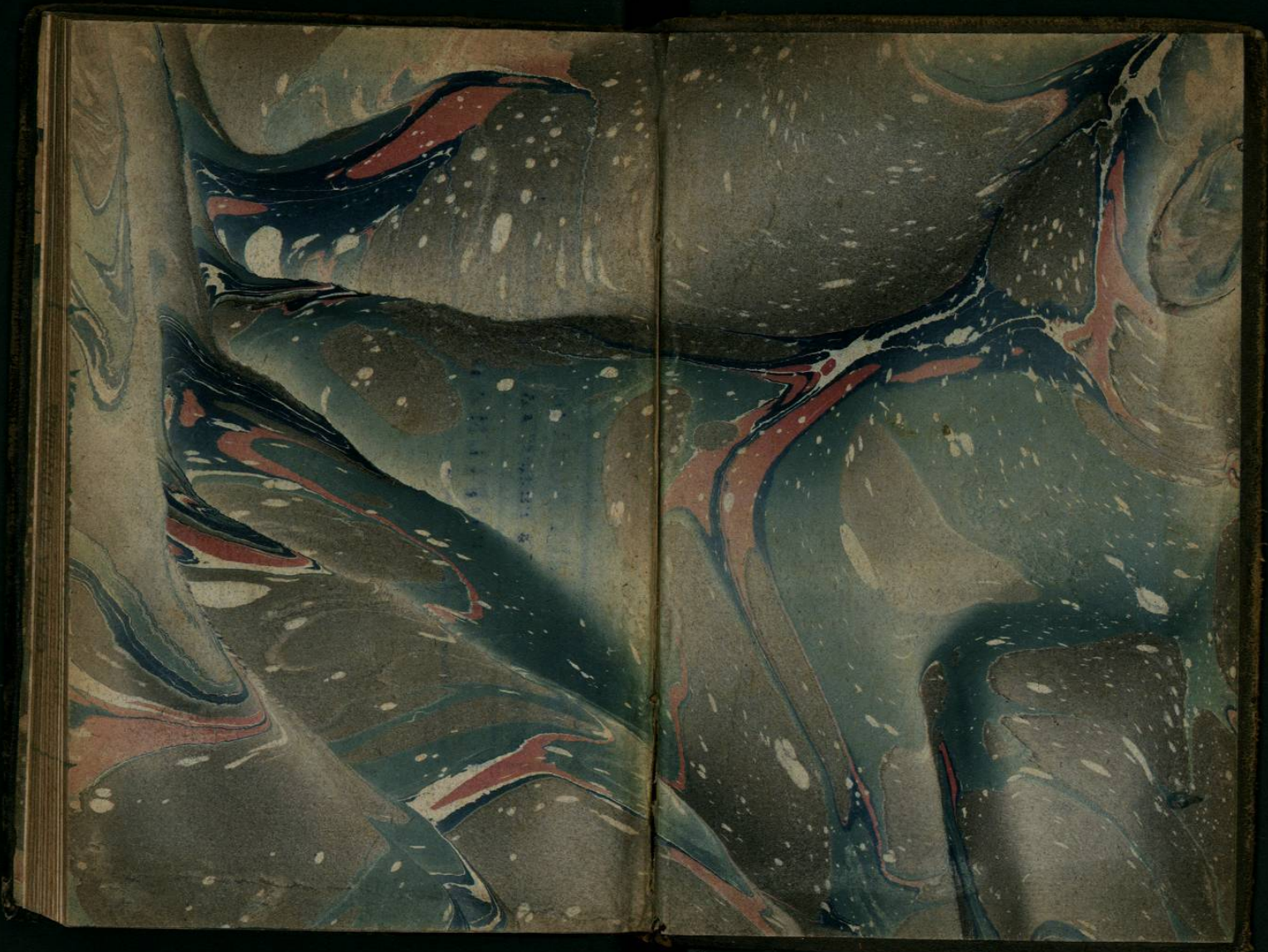
ros, como nos amonesta S. Pedro. Acogeos pues en tiempo baxo la augusta protección de nuestra Madre dolorosa, que solo desea vuestra conversión y salud eterna. Llegad á sus pies llenos de confianza de hijos, pero con espíritu de compuncion y de dolor. Invocadla en todas vuestras necesidades y tribulaciones. Ella os alcanzará auxilios del Señor de las misericordias. Aprovechadlos; y seguid la luz antes que os comprehendan las tinieblas. Sed fieles á la gracia y dóciles á los mandatos de Dios, cuyo adorable Nombre sea exáltado en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*

DE BOLONIA 1772
... como nos amonesta S. Pedro.
Adquiere pues en tiempo de su
guerra provision de maris barto
deletos, que solo tres veces con-
vacion y salud eterna. Llegad a sus
plaz libros de coofianza de hijos, pero
con espíritu de compacion y de do-
lor. Invocadla en todas vuestas ne-
cesidades y tribulaciones. Ella os al-
canzará auxilios del Señor de las mi-
sericordias. A invocadlos; y según
la que antes que se compraban en las
tiendas de la Plaza y de
cristo los mandatos de Dios, cuyo
deberle. No más sea escrito en los
cielos y en la tierra. Amen. Dios.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSO HEREDIA UNIVERSITARIA
Rd/667 MICROFILMADO 185/83





B
S
V
C

VI